

JORNADAS

5

ANTONIO CASO

Las causas humanas de la guerra

JORGE ZALAMEA

El hombre, náufrago del siglo xx

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

Segundo semestre de 1943

PROGRAMA

- 1ª sesión: Martes 3 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Presentación general de los problemas de la guerra: don José Medina Echavarría;
- 2ª sesión: Martes 17 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Los principios de la guerra, desde los puntos de vista táctico y estratégico, en relación con los progresos de la ciencia: General Tomás Sánchez Hernández;
- 3ª sesión: Martes, 31 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Causas políticas de la guerra:
a) *El equilibrio de poder:* don Manuel J. Sierra;
b) *La geopolítica:* don Jorge A. Vivó;
- 4ª sesión: Martes 7 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Causas económicas de la guerra:
a) *La presión demográfica:* don Gilberto Loyo.
b) *La disponibilidad de materias primas:* don Manuel Chavarría;
- 5ª sesión: Martes 21 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Las causas humanas de la guerra: don Antonio Caso;
- 6ª sesión: Martes 5 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos sociales de la guerra: don Vicente Herrero;
- 7ª sesión: Martes 19 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos económicos de la guerra: don Josué Sáenz;
- 8ª sesión: Martes 2 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (I): don Manuel Pedroso;
- 9ª sesión: Martes 16 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (II): don Manuel Pedroso;
- 10ª, 11ª y 12ª sesiones: Martes 30 de noviembre y 7 y 21 de diciembre, de las 18 a las 20 horas:
Características y consecuencias de la guerra actual.

EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

I

El Centro de Estudios Sociales ha elegido el tema de la guerra para iniciar sus cursos colectivos de seminario, por varias razones que parecen aconsejarlo así. En primer lugar, es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras normas sociales. Por eso, el estudio de la guerra no es mera expresión de una curiosidad teórica, sino el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica. Con respecto a la guerra, es preciso investigar las causas, analizar objetivamente los efectos, calcular los costos materiales y morales, para poder participar, a pesar de desilusiones y retrocesos, en la larga lucha que abrieron hace tiempo los mejores espíritus con el ánimo de desterrar por completo esta dolencia.

Por otra parte, en el orden teórico, el tema de la guerra manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales. La multiplicidad de sus causas y la variedad insospechada de sus consecuencias no permite quizá puntos de vista simplistas y unilaterales. En todo análisis relativamente profundo de la guerra, confluye, en definitiva, todo el saber acumulado de la ciencia social. Es, pues, el estudio de la guerra un caso típico entre los pro-

blemas que requieren la cooperación de especialistas y la investigación colectiva, necesidad cada vez más patente en tales extremos. Economistas, teóricos de la política, sociólogos, psicólogos, demógrafos y aun otros hombres de estudio fuera ya del círculo estricto de la ciencia social, todos pueden aportar conocimientos para la síntesis final. En la medida en que uno de los intereses científicos del Centro de Estudios Sociales es mantener y enseñar esta imprescindible visión de conjunto y la exigencia de coordinar los resultados en las disciplinas particulares, el análisis de este tema puede tener un valor ejemplar de iniciación pedagógica.

Por último, como las condiciones favorables y positivas de la guerra son las condiciones negativas de la paz, el estudio del fenómeno bélico en sus formas históricas y caracteres estructurales es el punto de partida indispensable en todo proyecto para la organización pacífica y estable del mundo. El Centro de Estudios Sociales espera, pues, que los conocimientos adquiridos en este seminario sean útiles para más tarde, cuando puedan organizarse otras reuniones e investigaciones colectivas sobre el tema de la paz y el papel que en su creación y mantenimiento corresponda a las naciones de América.

II

El número limitado de sesiones sólo permitirá examinar algunos aspectos salientes del tema propuesto. El programa no pretende, ni mucho menos, agotar la cuestión. Sus lagunas pueden ser colmadas, sin embargo, en el curso de discusiones sucesivas. Dicho programa consta de dos partes distintas. La primera comprende las nueve primeras sesiones y su propósito es examinar lo que sobre la guerra nos dice la ya abundante literatura respectiva. Se trata de una discusión teórica, que puede permitir llegar a las categorías e instrumentos analíticos indispensables. En esa discusión interesa, ante todo, destacar los factores y las consecuencias de la guerra y examinar lo que se ha hecho y propuesto para su prevención. En estas sesiones importa la presentación de todos los puntos de vista y su valoración científica. La segunda parte se compone de las tres últimas sesiones, que habrán de tener un carácter completamente diferente. Aquí se trata ya de dirigir la reflexión a la experiencia vivida de la guerra actual y a sus posibles

consecuencias futuras; sin excesivo aparato bibliográfico, se trata de estimular la imaginación y la inteligencia creadora, pues lo que en este caso conviene no es discutir lo sabido, sino su aplicación a las nuevas e ineludibles condiciones. Inútil añadir que en el cuestionario de esas discusiones finales se dará importancia preferente a los aspectos nacionales y americanos.

El seminario funcionará del modo siguiente: a) Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactada cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la guerra actual y sus consecuencias, guiadas por un cuestionario previamente establecido. b) En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas de prestigio, preparación y competencia que sean particularmente invitadas. c) Las sesiones tendrán una duración de dos horas, una para la ponencia y otra para la discusión. Cuando la ponencia se haya presentado previamente por escrito o impresa, la discusión podrá extenderse a las dos horas. d) Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y las resuma. e) El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultados de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano al más grave problema que hoy tiene planteado la humanidad.

ANTONIO CASO

LAS CAUSAS HUMANAS DE LA GUERRA

JORGE ZALAMEA

EL HOMBRE, NAUFRAGO DEL SIGLO XX

JORNADAS -5

El Colegio de México

Centro de Estudios Sociales

(5ª Sesión del Seminario colectivo sobre la Guerra)

I

Las causas humanas de la guerra

por

ANTONIO CASO

S U M A R I O

I y II. Las pasiones humanas.

III. La teoría falsa de la soberanía política.

IV. Entre Scila y Caribdis.

V. El personalismo.

VI. El personalismo como síntesis del individualismo y el comunismo.

Conclusiones.

I

LAS PASIONES HUMANAS

La soberbia, la ira y la envidia forman un triunvirato de incalculables consecuencias bélicas. Arman a las naciones contra las naciones. Después de la guerra, la derrota engendra la acidia.

Creerse el primero es siempre el mayor pecado; pecado de soberbia, triunfo de soberbia. El primero desdeña al segundo. Entre los pueblos, cada quien se juzga el primero; es decir, siempre desdeña al segundo. No hay quien no vitupere al hombre soberbio. No hay quien no alabe al pueblo soberbio. Lo que la conciencia condena en el trato de las personas, lo aplaude, precisamente, en la vida internacional. La soberbia lleva la delantera a todos los males; es como dice Gracián: "primera en todo lo malo".

Con la soberbia se junta la ira en fácil consorcio. El soberbio iracundo y el desdeñoso soberbio, son dos modelos de soberbios: el satánico y el estoico. El soberbio iracundo triunfa o no de su enemigo; pero, si triunfa, se torna más iracundo y envidioso. La envidia sugiere y alimenta la preparación para la guerra; la soberbia la sostiene; la ira la enciende; y como "la ira se alimenta con ira", cada acto bélico se preña de otros actos bélicos; como en un reguero de pólvora, cada grano ardiente, arde a los otros. La ira se alimenta con ira, hasta la locura, hasta el paroxismo.

El vértigo moral de los pueblos se ciñe al triunvirato diabólico de los pecados.

II

La guerra es la pasión que desorganiza el mundo, para ver de organizarlo de modo que sirva a la pasión. Todo apasionado hace abstracción de cuanto no es su pasión. Las naciones tienen su pasión

de envidia, ira y soberbia; pero son “soberanas”. Ya vendrá, más tarde, el tedio consiguiente a querer sólo una cosa: dominar, como cuando el amante pierde el objeto indigno de su afecto, y cae en vil postración. La acidia de nuestra edad guerrera va a superar, tal vez, en intensidad trágica, a la pesadilla medieval del milenio; pero hoy son más los hombres por herir que el hierro con que herirlos. En la Edad Media no hacía falta hierro para herir. Hoy sí hace falta.

Y, en todo este insano torbellino de muerte, muéstrase vital, enérgica, indómita, una sola presencia: la del Mal. Aquí está con nosotros, dentro de nosotros y fuera de nosotros. Declara que es el Bien; que la guerra es buena siempre; que es feliz, animadora, cordial, superior, inevitable. “El peligro se ha hecho tan grande para cada individuo, cada clase, cada pueblo, que es deplorable pretender engañarse. El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos, no hay cautelosas renunciaciones. Sólo los soñadores creen en posibles realidades. El optimismo es cobardía. Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro”. (*El Hombre y la Técnica*, por Oswald Spengler.)

III

LA TEORIA FALSA DE LA SOBERANIA POLITICA

Corren días aciagos para la obra de la fraternidad humana. Se diría que hoy más que nunca es inoportuno recordar los principios eternos del derecho de gentes. Las naciones se despedazan entre los poderosos, conforme a la ley del egoísmo más elemental. Cada organización humana parece repetir la expresión de Nietzsche: “No contentamiento sino más poder”. A todos posee el “espíritu de dominación”, satánico espíritu que no cesará de hacer mal nunca.

Todo proviene de una idea falsa del Estado moderno, que se mira a sí solo, y piensa que su ambición se funda en lo que se llama su soberanía. Cabalmente, la soberanía es el error. Nadie puede ser soberano, sino Dios. El mundo es un todo sinérgico, una síntesis de fuerzas opuestas, que modelan la estructura del astro y del planeta, como la del organismo y la nación. Nadie es soberano, ni el astro, ni el planeta, ni el organismo, ni la nación. La única soberanía real

es la que no se funda en la fuerza, sino en la razón; porque si la razón es, no puede admitir soberanía sobre la suya propia; y la soberanía de la razón es el postulado del derecho, la vigencia de la ley eterna, la vigencia de Dios.

En un instante pasan los imperialismos y se desbaratan, en un momento se instauran y desaparecen las naciones. El nacionalismo que erige al Estado en principio absoluto, se empeña en esta obra siempre frustránea: volver absoluto lo relativo, necesario lo contingente, impercedero y eterno lo transitorio. Las ciudades humanas se han integrado por la fuerza y por el derecho; pero la fuerza no es el derecho, porque carece de autoridad. La autoridad es un concepto moral.

Precisa distinguir entre el verdadero y el falso nacionalismo, como lo ha declarado el vizconde Cecil en *Harper's Monthly*: "No concibo ninguna organización del mundo para el porvenir, que no se apoye sobre el patriotismo en la mejor acepción de la palabra: el patriotismo que hace que el hombre trate, instintivamente, de elevar lo más alto posible, la dignidad del propio país. El patriota cristiano siente horror hacia los gobiernos inspirados en una política brutal y deshonrosa contra los demás pueblos; como un hijo debe tener en aborrecimiento al padre que maltrata o engaña a su prójimo". En suma, el nacionalismo es bueno; lo malo es el nacionalismo xenófobo, el nacionalismo que aborrece la civilización.

Se condena la actitud anárquica en las relaciones de los individuos; pero se hace su apoteosis cuando se trata de la vida internacional. Si un individuo dijera como Stirner, y realizara su pensamiento: "Yo no he fundado mi causa sobre nada, yo sólo respeto mi propio ego, yo soy yo mismo, y lo demás nada interesa a mi conducta; lo divino mira a Dios, lo humano mira al hombre, lo social a la sociedad; pero yo no soy Dios, ni humano ni social; yo soy yo mismo", incurriría en la sanción del derecho privado, en las penas de la ley.

El individualismo absoluto, que se condena en las relaciones de los individuos, se justifica en las relaciones de los pueblos entre sí. El anarquismo que dice: "libre asociación de egoístas", se vuelve la fórmula de las alianzas de las naciones; porque esto, puntualmen-

te, es lo que las grandes potencias realizan, aconsejadas por su monstruoso y anárquico egoísmo. El individualista absoluto, dentro de una sociedad dada, va a la cárcel o al patíbulo; pero el pueblo que practica un nacionalismo absoluto es honrado como uno de los vencedores de la historia. Hay, por tanto, dos pesas y dos medidas. Se afirma el derecho dentro de las comunidades nacionales, pero se niega el derecho para la comunidad internacional. Se reconoce que el derecho es bueno contra los individuos delincuentes; pero se afirma que el derecho es malo para someter a los pueblos asesinos. Son dos pesas y dos medidas, dos reglas y dos imperativos: en lo privado, la ley, en lo internacional, la injusticia. Matar a un hombre es un delito horrendo; pero destruir a una nación constituye un acto heroico. El anarquismo es el mal entre los miembros de una misma sociedad; pero el individualismo absoluto en la soberanía que lo sostiene, es un “principio de la vida internacional”. ¡A nadie abochorna la contradicción; por esto mismo, todos viven dentro de la injusticia! ...

Harold J. Laski ha escrito en la *Neue Rundschau*: “Debemos aprender a pensar internacionalmente. La soberanía nacional debe inclinarse ante los intereses internacionales. La ‘civitas maxima’, ha de constituir el punto de partida de la experiencia social. Ningún país aislado puede tener el derecho de obedecer a su voluntad, sin tomar en cuenta la voluntad de los demás Estados”.

El error está en la falsa idea de soberanía. En la deificación del Estado. Por encima del Estado, que, según Hegel, es sólo el espíritu objetivo, está el espíritu absoluto: la religión, el arte, la ciencia, la filosofía, la moralidad, el derecho. El hombre es, no más, el médium entre los valores eternos y su realización histórica; y, si todas las fuerzas del mundo, desprovistas de autoridad moral, se empeñan en una obra de falsa soberanía, de guerra y de exterminio, esto no es una razón en pro de los injustos, sino el principal motivo para su condenación esencial. La razón es lo único divino que al hombre guía. La contradicción es en la inteligencia el error, y en la acción, el pecado que no puede perdonarse, el crimen contra el Espíritu.

IV

ENTRE ESCILA Y CARIBDIS

La pugna entre el soviét y el nacionalismo alemán, explícate como la diversidad de dos numeradores sobre un común denominador: el capitalismo de Estado. De aquí la necesidad de la lucha aciaga entre el eje Roma-Berlín y la Rusia contemporánea.

Si con ánimo sociológico desinteresado se analiza la causa de los más grandes conflictos de la historia, se adquiere el convencimiento científico de que, cuando más enconados son los duelos entre dos rivales, más se asemejan entre sí los inconciliables adversarios; al punto de que, si sólo en un punto difieren, éste es el motivo esencial de las pugnas sangrientas.

Así acaeció en las terribles y mortíferas luchas por las diferencias de religión existentes entre católicos y protestantes. Por esto ensangrentaron los campos de batalla de Europa. Era que los adversarios estaban conformes en varios aspectos de la doctrina; pero, en lo que diferían, pusieron su énfasis terrible, y desenlazaron el conflicto inevitable.

La lucha entre el nacionalismo alemán y el régimen ruso es la pugna entre dos ideales diferentes: *la raza y la clase*, dentro del común denominador de *capitalismo de Estado*.

Alemania sostiene la primacía de la raza. Es una actitud mística. El alemán se ama a sí propio. Se estima sin escrúpulos: "Deutschland über Alles". ¡Sobre todas las cosas Alemania! . . . He aquí el fondo de la doctrina nacionalista.

La raza es una dimensión esencial de los acaecimientos históricos. Alemania cree en la superioridad de su estirpe. En esta creencia concentra su ímpetu místico. Todo se interpreta en torno del concepto de exaltación de la sangre germánica.

Según la doctrina del nacionalismo alemán, Inglaterra es también un pueblo selecto; pero recibió en el curso de su historia infiltraciones raciales celtas y latinas. Francia, más aún que Inglaterra, hubo de mezclar la preciosa raza germánica de los francos, con ele-

mentos latinos, en proporción mucho mayor. Los países del Sur de Europa se forman de mestizos, en que la cepa germánica no puede ya levantar al hombre sobre la combinación informe de culturas y razas disímiles. ¡Sólo Alemania sostiene el peso de la civilización, merced a la pureza e idoneidad de su raza!

Y esta raza germánica, privilegiada, defiende el esplendor de la cultura occidental. Lo alemán es lo verdaderamente castizo para Europa. Víctor Lutze, el 6 de julio de 1935, en Münster, proclamó, de esta suerte, los principios del nacional-socialismo: “Creemos en el derecho de la idea; creemos en la justicia de nuestra voluntad; creemos en la infalibilidad de nuestra concepción del mundo; creemos en nuestro Fuehrer Adolfo Hitler; creemos en la nación alemana eterna, fundada en la raza; creemos en el Reich alemán milenario”.

Frente a esta apoteosis de la raza, los adeptos del soviet exhiben, también, una actitud mística diferente e incoercible. Ahora no se trata del endiosamiento de una comunidad ligada orgánicamente por la sangre; sino de un fenómeno ecuménico de exaltación de cierta clase social.

La nueva religión marxista tiene, también, un concepto totalitario del Estado y del mundo. Alguna vez se producirá la redención definitiva. Por lo pronto, urge “la dictadura del proletariado”. Conforme al concepto político y social de los rusos, la Constitución de aquel pueblo es “la única verdaderamente democrática del mundo”. La sociedad está constituída, exclusivamente, por libres trabajadores de la ciudad y del campo; pero el partido comunista determina las elecciones, y la representación se otorga, principalmente, a los obreros urbanos; lo que aumenta la acción “democrática” del partido.

¿Qué es lo que concluye la ciencia social sobre tamañas exageraciones rivales? . . . Si no nos equivocamos, la sociología contemporánea reconoce que la raza y la clase social son dos factores de la evolución de los pueblos; pero el error constante de los sistemas unilaterales estriba en exaltar, indebidamente, la acción de un solo factor sobre los otros, que son tan dignos de ser estimados en su función colectiva, como aquel o aquellos que pretenden seleccionarse para erigirlos en “factótum” de la evolución histórica.

En suma: la actitud mística es siempre un desenfreno absurdo, que la razón condena. Ni la privilegiada clase social, ni la raza germánica, han de erigirse en mitos salvadores de la humanidad.

Queda al mundo, por fortuna, el contrapeso de las viejas democracias: Inglaterra en Europa; los Estados Unidos en América; pero la democracia ha de modificarse y depurarse para ser realmente representativa de los problemas económicos y políticos contemporáneos. Esto es lo que los grandes estadistas de Europa y de América han de lograr guiados por la luz del cristianismo, religión de amor y abnegación que siempre condenó, enérgicamente, tanto la barbarie de la fuerza, que a sí misma se endiosa con pagana idolatría, como la asoladora y retroactiva fuerza de la barbarie.

La sociología contemporánea reconoce que la raza y la clase social son dos factores esenciales de la evolución de los pueblos. Ambos han de interpretarse a través de las creencias morales que forman la esencia de las más puras tradiciones europeas.

V

EL PERSONALISMO

La persona humana está dotada de comprensión, de la capacidad de discernir lo falso de lo verdadero; de la capacidad de conocer lo necesario y lo perfecto.

La persona humana opone en su conciencia la razón al instinto; a la ignorancia, a la pasión, a la demencia . . .

Nuestro siglo se rebela contra la persona, al desacatar el imperativo de la razón. Frente a la subordinación absoluta de la persona al Estado, la razón, esta admirable facultad de comprender, reivindica las prerrogativas de la propia personalidad; porque la subordinación absoluta de la persona humana al Estado, se rechaza en la propia conciencia personal; en virtud de que, lo que llamamos conciencia, sólo es la razón aplicada a la vida moral.

Ante las audacias de los misticismos del siglo, ante el “totalitarismo” que carece de razón, el pensamiento protesta con la enérgica afirmación de Kant: “es cosa todo lo que tiene un valor relativo y

exterior; los seres racionales, las personas, poseen un valor interno; son fines de sí propios. Las cosas tienen precio; las personas, dignidad". Por esta circunstancia, el servilismo es la mayor baja. Corrompe la dignidad de la persona; hace de los hombres racionales, cosas que se venden en el mercado.

El personalismo declara que cada ser racional es insustituible, precisamente por ser una persona. La compraventa es dar una cosa por otra, el precio por la cosa; esto es profundamente racional, tratándose de cosas. Si se trata de personas, no de "unidades biológicas", entonces la dignidad se halla en la reivindicación de lo insustituible. No se puede substituir por ningún precio, lo que posee dignidad.

Se comprende con claridad el principio de la moral que Kant afirma: "No tratar jamás a las personas como cosas". ¡Ni a las personas ajenas ni a la propia persona! La razón así lo manda; la ética lo estatuye. Cada hombre es un microcosmo, un ser que compendia el universo. "Tocamos el cielo con las manos —decía Novalis— cuando las ponemos sobre un cuerpo de hombre".

En esta reivindicación de lo personal, ve la historia de la filosofía la oposición entre Hegel y Kant, entre Hegel y Sócrates. El Estado totalitario es la negación misma de lo que enseñaron a la humanidad de occidente sus dos supremos héroes filósofos, el griego y el alemán.

Hay que obrar, si se es persona, con conducta que pueda ser universal, ley universal. Obrando así, jamás trataremos a las personas como cosas; respetaremos nuestra naturaleza racional y espiritual. En esta conducta se implicará, tanto la felicidad como la perfección.

Y todo este proceso moral del personalismo, lleva a la afirmación de la libertad humana; porque no tendría sentido decir a los hombres que obremos respetando nuestra propia dignidad, si los hombres no fuésemos libres. La razón implica la libertad; la libertad sólo se somete a la razón. El ser comprende, comprende que es racional y libre, en cuanto es personal.

Porque el puro individualismo, como el puro racionalismo, son contrarios a la libertad y a la razón. La razón comprende sus pro-

pios límites; sabe que no lo puede comprender todo; y asimismo sugiere que la persona humana no goza de plena libertad; porque la razón afirma tanto las diferencias como la unidad; tanto la necesidad de recurrir a la experiencia para saber lo que sólo por medio de ella puede alcanzarse, como la reiteración indudable de los principios absolutos, de las ideas y los valores eternos.

El individualismo y el racionalismo son falsos, porque representan en metafísica y en moral dos usos indebidos de la razón. Razón, sí; racionalismo, no. Personalismo, sí, porque es espiritualidad y afirmación; individualismo, no, porque el individualismo desconoce, precisamente, la ley moral, la necesidad de realizarse cada persona humana, representando su papel en el seno de la sociedad, que es, por modo indisoluble, tradición espiritual de todos los siglos, obra de las generaciones que nos precedieron; pero, en el presente, solidaridad, es decir, unión espiritual de esfuerzos para formar nuestra persona en el contacto con las personas ajenas. Tradición es amor a lo que fué: solidaridad es amor a lo presente. La persona humana se realiza, tradicional y solidariamente, en el respeto a sí misma, y en el amor para los demás.

Según Kant, el pensamiento es creador —en su propio dominio— de la imagen de una personalidad: el ideal de la libertad completa.

Esta personalidad no se propone la dicha, sino algo más conforme con la naturaleza humana: la dignidad de merecerla.

Una personalidad verdaderamente libre, constituye sus propias leyes, determina sus actos; pero admite los pensamientos ajenos, dentro del dominio de la razón. Ella sólo se reserva el derecho de estimar su valor.

La verdadera libertad no admite sumisión a órdenes extrañas, ni reconoce juez alguno, fuera de sí misma. Este es, cabalmente, el ideal de la “religión pura”.

La “religión pura”, como dice Kant, es ya el ideal de occidente, desde el “Eros” platónico; y este ideal florece y fructifica en la libre personalidad kantiana; porque para ser dueño de la verdadera religión, precisa que la persona humana tenga el valor de defender su opinión contra todo ataque teórico o práctico: “No poseemos más

tipo de medida de nuestros actos, sino el modo de obrar del hombre divino que en nosotros reside; tipo merced al cual nos medimos, nos juzgamos a nosotros mismos, y nos mejoramos, consiguientemente, en la medida de nuestra posibilidad, sin que podamos jamás alcanzarlo”.

Augusto Comte ha escrito que lo propio de la naturaleza humana es “evolucionar sin transformarse”. Pocas expresiones más profundas que ésta. Porque todas las especies animales y vegetales realizan su propia naturaleza transformándose. El hombre la realiza por medio de su progreso sin transformación. No hay “superhombre”. El hombre es la superación del hombre, que va realizando su esencia, que vive guiado por el “Eros” platónico, por el “hombre ideal” —que dice Kant—, ser que en nosotros alienta. Esto significa la persona humana “creadora de valores”. Así llegamos a la definición siguiente: Persona es el ser dotado de la capacidad consciente, inteligente y libre, de desarrollo sin transformación.

El totalitarismo es falso, porque pretende subordinar a las personas humanas, dentro de una concepción puramente política. La sociedad existe para el hombre, para la realización de su naturaleza, para el desarrollo de su personalidad, para la consecución de su destino, ¡para que el ser consciente, inteligente y libre, evolucione sin transformarse! . . .

Está escrito con máxima autoridad, que debemos dar a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Lo cesáreo no es lo divino. Esto es mezclar esencias, confundir valores, esto significa la corrupción de la naturaleza humana; esto es renegar del hombre divino que en nosotros alienta. Los fariseos quisieron tentar a Cristo, al proponerle el problema de si es bueno conceder el tributo al Emperador. Sí es bueno, respondió la divina sabiduría; porque el dinero es cosa material, valor de cambio y utilidad. César es el símbolo del Estado; hay que dar al Estado lo que es del Estado; pero no nació el hombre para el Estado, sino el Estado para el hombre, para la realización de la naturaleza humana, que sólo puede realizarse en la ciudad, como lo enseñaron Aristóteles y Platón. Por tanto, ¡no es la libertad un “prejuicio burgués”, como dijo Lenin, sino el bien absoluto del hombre! . . .

El personalismo es la verdad. El transpersonalismo es falso. Toda cultura de salvación se anonada, toda integración del sujeto humano se corrompe, si el transpersonalismo es verdad; por esto no podrá serlo nunca. La asociación humana vive de la rica diferenciación de las unidades que la integran. De aquí procede el esplendor del arte, la elevación y entonación de la vida moral, la majestad del sentimiento religioso, la suavidad y el deleite de la civilización y de la convivencia. Creer en un ente que sería el Estado, ente superior a la naturaleza humana, es creer en fantasmas.

VI

EL PERSONALISMO COMO SINTESIS DEL INDIVIDUALISMO Y EL COMUNISMO

El individualismo y el comunismo se identifican como dos formas del egoísmo. La comunidad es egoísta, reclama su propia continuidad y prioridad sobre el individuo. Antes de los individuos es la comunidad. En ella nacieron y son. Ella es el todo y los individuos las partes. El individuo, parte de un todo, ha de subordinarse a la comunidad. Esta es la esencia egoísta del comunismo.

He aquí también la esencia egoísta del individualismo: el individuo declara, a su vez, que su ser es el único real. Dice: concibo el Estado como medio de mi dicha; la sociedad se instauró para mi felicidad. Yo soy yo mismo. De Dios es lo divino; pero, yo no soy Dios; lo humano es de la humanidad; pero yo no soy la humanidad. Yo soy lo que es real. Mi bien es lo que quiero tener, no lo que me quieran dar; y, si no me lo dan, procuraré tomarlo.

Las dos posiciones rivales son falsas, porque ponen sobre la Cultura y el Espíritu el valor de la vida. La comunidad alega su ser peculiar; el individuo, el suyo propio. Ambos combaten y debaten sin término. Ambos dicen: yo soy el primero; ambos creen: yo soy la verdad; tú eres para mí, porque tú no eres la verdad.

El individuo arguye con su vida individual; la comunidad con su vida común. ¿Quién podrá decidir en el conflicto de dos vidas distintas, si toma como único criterio la vida, esto es, el propio acto ostensible y constante de vivir?

No se ha salido, no se podrá salir nunca de los límites del egoísmo, ante dos egoísmos diferentes en la especie, pero idénticos en el género, que alegan su propio ser vital. Porque la comunidad no puede tener razón, porque sea *antes* ni porque sea *fuerte*; ni el individuo la tiene porque se sienta único en su individualidad. Ser no es una razón moral ni jurídica. Existir es ser contingente y perecedero; ¡contingentes y perecederos son individuos y comunidades! Valer es lo que se necesitaría alegar. ¿Quién vale más, el individuo o la comunidad?

Ni el individuo ni la comunidad; sino la sociedad basada en la justicia. Esto es, la unión moral de los hombres, respetuosa de los valores. La comunidad que tiraniza al hombre olvida que los hombres somos “personas”, no “unidades biológicas”; centros espirituales de acción culta. El individuo que se opone a la comunidad, como realidad absoluta, olvida que por encima de la individualidad, que se nutre de egoísmo, está la cultura humana, que es siempre síntesis de valores. Los valores no los elaboró el individuo ni la comunidad; sino que los reflejó la continuidad histórica de las generaciones y la solidaridad moral de las gentes. La cultura es, indisolublemente, tradición y solidaridad; ¡la solidaridad es imposible, sin la tradición; la tradición, imposible sin la solidaridad!

Si sólo nos referimos a la biología, sólo nos referiremos, siempre, al egoísmo. La lucha se desencadenará cada vez más aciaga; porque la vida es, precisamente, brega de egoísmo, acaparamiento de medios, nutrición y reproducción; esto es, incorporación de lo ajeno en lo propio. La vida dice, con Hobbes: “el hombre es el lobo del hombre”; con Darwin: “Struggle for life”; con Nietzsche: “no contentamiento sino más poder”.

Pero la sociedad humana *no es* la pugna de la comunidad y los individuos; es, por fortuna, algo más profundo y superior: la coordinación de las personas en el derecho. El ser personal no quiere *tener* algo más; sino *ser* algo más, como lo dijo Nietzsche. Quiere más la bestia, que es puro instinto; ¡el animal, que no sacia su avidez de acrecentar su vida efímera, a expensas de otras vidas efímeras! . . .

La única solución del conflicto es la solución axiológica, ética y jurídica. El comunismo y el individualismo rechazan el derecho.

Se trata de dos individuos, de dos “unidades biológicas”, que se desgarran entre sí. Por encima de las comunidades tiránicas y los individuos que se creen absolutos dentro del anarquismo, está otra cosa, a saber: la sociedad espiritual humana compuesta de personas. Han de prevalecer las personas justas y las sociedades justas. El comunismo y el anarquismo son dos errores que tienen la misma funesta raíz: la supervaloración del egoísmo intrínseco y vital.

El mundo contemporáneo se nutre de este tremendo egoísmo insaciable, porque ha perdido el sentido del ser personal. La falta de espiritualidad en la vida del mundo es lo que desencadena las catástrofes, lo que lanza a los individuos contra los individuos, a los individuos contra los Estados, a los Estados contra los individuos y a los Estados entre sí.

Las personas no son individuos, sino espíritus; los Estados no se justifican como individuos, sino como personas políticamente organizadas, que deben tratarse entre sí con respeto y moralidad.

Nadie será libre nunca mientras se confunda la individualidad —cosa esencialmente biológica— con la personalidad, que es amor, cultura. El individualismo y el comunismo —conforme a la lógica pura— son dos proposiciones contrarias, que sus respectivos adeptos juzgan verdaderas en su exclusividad. Pero dos proposiciones contrarias —también conforme a la lógica pura— pueden ser: falsa la una y la otra verdadera; o —como en el caso presente— *ambas falsas*; verdaderas las dos, jamás.

CONCLUSIONES

- I. En suma: las causas humanas de la guerra son las propias pasiones.
- II. La falsa teoría de la soberanía política absoluta.
- III. El sofisma del totalitarismo, negativo de la persona humana y de la democracia.
- IV. El solo remedio radical consiste en el personalismo filosófico, formulado y realizado en las instituciones.
- V. El personalismo como síntesis del individualismo y el comunismo.

II

El hombre, náufrago del siglo xx

por

JORGE ZALAMEA

Parece que el invierno de 1899 no fué clemente para el hemisferio boreal y que en las regiones europeas, particularmente, mostró cierta empeñosa crueldad, haciendo ostentación de sus peores rigores. A semejanza de los famosos histriones que por entonces agonizaban diariamente en los escenarios de Europa con gran lujo de convulsiones y quejumbres, el siglo viejo quería despedirse de la tierra y los hombres con un gran espectáculo que fuese digno de su desatada juventud romántica y de su morbosa ancianidad satánica. Tremendas nevadas amenazaron sepultar a Europa bajo su mortaja y furiosas tempestades abatieron los más hermosos árboles de sus parques. Pero los hombres no hacían mucho caso de este furor. Conocían de sobra las vanidades, caprichos y farsas de su siglo. Protegidos, en el interior de sus hogares, por nuevas y cada vez más ingeniosas máquinas, asistían con cierta regocijada ternura a la tonitruante despedida de una época a la que amaban en su corazón, aunque la traicionasen con la curiosidad que todos ellos sentían de ver pronto, muy pronto, el dorado rostro del siglo xx. Pues la verdad es que hasta las mismas damas otoñales, embutidas en sus grandes trajes de terciopelo punzó, dejaban de pensar en las polcas y valeses de 1880, para envidiar a sus hijas, ya más pálidas y esbeltas, que bailarían el tango a la mágica luz de las bombillas eléctricas. Y los hermosos viejos de levita y barba que no habían conocido deporte más fatigoso que el de ver correr a los caballos de sus cuadras desde la charolada concha de sus landós, pensaban con agradable terror en los mozos que volarían por sobre las nubes, agitando las alas membranosas de sus planeadores. Los agonizantes que en aquella noche del 31 de diciembre de 1899 jadeaban bajo las mantas, no pedían a la Providencia vivir mucho tiempo; pero sí las pocas horas necesarias para asomarse a la puerta del siglo xx y contemplar desde allí, siquiera fuese por un momento, las luminosas perspectivas de esa nueva edad paradisiaca.

Por un fenómeno climatérico en el que mucha gente cándida quiso ver un presagio y un símbolo, a las agoniosas tempestades del siglo XIX sucedió una de las más bellas auroras que fuera dado ver a los hombres sobre la tierra. Durante la madrugada del primero de enero de 1900, una brisa diligente y alegre barrió del septentrión las ceñudas nubes para que, al hacer su aparición el sol sobre los Urales, encontrase a la boscosa Europa tendida bajo el más cándido pabellón celeste, como convenía a su nueva virginidad histórica. Se dice que el sol mismo parecía recién bruñido y que sus primeros rayos jugaron a convertir el azul en un verde tierno de manzana; que luego pusieron de oro el cielo y que, finalmente, cayeron sobre la tierra, dando a las hojas de los árboles, a los cristales de las ventanas, a las aguas de los ríos, a la pelambre de las bestias y a los ojos de los hombres, un brillo nuevo, tierno y limpio. Las gentes más dadas a los presagios, aseguran que en el oriente, por allá sobre los Urales, había quedado una nube, una sola nube enhiesta, mitad blanca y mitad oro; que esa nube imitaba, en un comienzo, el copo de algodón que se ahila en el huso; que adquirió luego la forma de un caduceo y acabó siendo una cruz de oro. Aunque también podía ser una espada de lo mismo. Pero no hay que hacer mucho caso de quienes en todo ven emblemas o los inventan *a posteriori*, para presumir de familiares con el misterio. Así que, hurtándole el cuerpo a esta suerte de embelecados, mejor será que veamos cómo recibieron el nuevo siglo algunos hombres de Europa.

Sir Archibaldo Fitzroy, uno de los más honorables pilares del Imperio británico, salta de su lecho a las siete de la mañana del primero de enero de 1900 e imprudentemente se asoma a su balcón de Park Lane sin ajustarse la bata de brocado sobre su profuso camión de noche. Atusándose el bigote, que todavía no ha recibido su discreta dosis de tinte, sir Archibaldo espía el rostro del siglo XX. La falsa primavera que danza por el cielo le engaña hasta el punto de obligarle a buscar en los troncos renegridos y desnudos de Hyde Park las amarillas yemas de su renacimiento, mientras le llega a las narices un mágico aroma de narcisos invisibles. Pero, sin dejarse tentar por tan inusitadas emociones, sir Archibaldo se dice a sí mismo que el siglo XX se anuncia, conforme a sus previsiones, como un *gentleman*, y hace entonces un íntimo voto por el bienestar y prosperidad de la Reina, cuya salud es la única preocupación que deba tener en

aquel día un leal súbdito británico. Cumplido este deber de cortesía, el muy honorable miembro del Parlamento hace un rápido balance de la situación inglesa, que legítimamente identifica con la suya propia. Hace todavía pocos meses, con la conquista total del valle del Nilo, redondeó la Gran Bretaña su gigantesco imperio; la política unionista de Chamberlain ha acercado las colonias y dominios a la metrópoli y, si no fuese por las inauditas pretensiones del presidente Kruger, la paz sería con los ingleses en todas partes. Ninguna potencia europea, piensa sir Archibaldo, se atrevería a desafiar al Imperio después de la lección de Fachoda. Por lo demás, los conservadores son suficientemente hábiles para tejer una política de estira y afloja con Alemania y Francia que garantice el equilibrio europeo y la tranquilidad universal: esa paz que será la gloria del siglo xx y que sir Archibaldo Fitzroy y sus numerosos congéneres británicos necesitan para la realización de sus más caros y secretos deseos. El muy honorable *tory* piensa con malicia que las reformas sociales de Gladstone han facilitado esos deseos indirectamente. La educación obligatoria, el voto obrero y campesino, la jornada minera de ocho horas, el impuesto progresivo sobre sucesiones, sin herir demasiado los intereses conservadores, han bastado para satisfacer y halagar al pueblo, a ese buen pueblo inglés que no siente la lucha de clases y que llega al siglo xx imbuído de las más sanas ideas evolucionistas y con una inquebrantable confianza en el progreso humano. Sir Archibaldo Fitzroy se frota las manos en un raptó de entusiasmo. ¿Sabe nadie adónde llegará nuestra riqueza cuando la electricidad reemplace al carbón, el automóvil al caballo, el petróleo al vapor? Sin decir nada de la aviación, ese nuevo prodigio en que Sir Archibaldo cree desde entonces con la fe sumariamente pedante de quien admira en secreto a Herbert Spencer. Poseído por una embriaguez ligera, sir Archibaldo pronuncia en voz baja los nombres de las nuevas sociedades anónimas que surgirán de tanto prodigio mecánico, calcula los capitales que serán menester para ponerlas en marcha y, arrebatado ya por los ardores de su fantasía, canta en escala ascendente las cotizaciones de bolsa que revelarán al mundo el poder de su ingenio. Todavía el muy honorable sir tiene una mirada de aprobación para el cielo que se comaba sobre las casas neogriegas de Park Lane; realmente, aquella luz es digna de asistir al advenimiento de esta nueva edad de oro en que

las ingeniosas máquinas harán la comodidad de los hombres y la riqueza de sir Archibaldo.

Mientras este venerable pilar del Imperio Británico vuelve a las tibiezas de su lecho, Pierre Michon, artesano de París, se asoma a la ventana de su buhardilla, mezquinamente abierta sobre el paisaje leproso de los arrabales. Pero no ve la fealdad de la zona, ni le llegan a la nariz los olores acres de los arenques que fríen en la vecindad, porque también él quiere ver cómo amaneció el siglo nuevo, ese siglo xx del que tantas maravillas esperan los chupatintas de los periódicos y los oradores de las asociaciones obreras. Por un momento, Pierre Michon se alela viendo aquel cielo tan limpio, apenas un poco húmedo, como los cristales recién fregados. Bizqueando, mira al sol y siente que le baja hasta el vientre su tibieza, a modo de un buen trago de vino. Sin volverse, llama hacia el fondo de la habitación y un minuto después siente contra su flanco el peso adormilado y caliente de su compañera. Pierre le toma la barbilla entre sus grandes dedos de mecánico y la obliga a volver el rostro hacia el sol, mientras gruñe: "De verdad parece tener buena cara el siglo xx. Es como si fuera un Año Nuevo más grande y de más lujo." Restriega su hocico contra el cuello de la muchacha y luego la despide con una nalgada, para quedarse otra vez a solas frente al siglo recién nacido. Porque lo ha sentido en su cuerpo, en su sangre y en la intimidad de sus entrañas, Pierre Michon ya ha hecho cosa suya al siglo xx. Con segura alegría se dice que ahora sí vendrá la época de los triunfos definitivos, a los que tan lenta y dolorosamente han venido acercándose él y sus hermanos, los obreros de París, los obreros de Francia, los obreros de todo el mundo. De ahora en adelante, la acción obrera será acelerada; los sindicatos se ampliarán y multiplicarán; la educación popular será la principal tarea del Estado; Jaurés llegará al poder; la idea social traspasará las fronteras y la confraternidad del proletariado hará imposibles las guerras; la máquina se convertirá en aliada de las clases trabajadoras y el capitalismo entenderá lo que debe hacer, lo que tiene que hacer, en este mundo nuevo. Pierre Michon piensa en su hijo, en el hijo que le nacerá en un tiempo mejor, en un tiempo limpio de rencores y de malos recuerdos.

También en Berlín hay un hombre que aquel primero de enero de 1900 se asoma a su ventana para ver por sí mismo cómo se inicia

una época histórica. Nuestro berlinés se llama Heinrich Lilienthal y ha amanecido sobre las cuartillas en que escribe un ensayo que se titulará *Hacia un humanismo alemán*. La mágica aurora que descubre a través de los cristales de su ventana, lo corrobora en los pensamientos y esperanzas que ha venido alimentando durante años y que ahora encuentran una expresión fervorosa en su obra literaria. No sin temor ha visto Lilienthal cómo se desarrolla en su pueblo una confianza mística en el destino de Alemania. Con temor, porque esa confianza quiere basarse exclusivamente en los índices materiales de la vida nacional: crecimiento de la industria, expansión del comercio, multiplicación de la población, poderío de la flota, tecnificación del ejército. Embriagados por el éxito inmediato, los alemanes han echado al olvido su historia espiritual y no quieren reconocer en torno suyo a los hombres nuevos que han recogido la herencia sagrada para preparar un nuevo renacimiento, un nuevo humanismo que haga de Alemania el corazón iluminado de una Europa fraterna. Pero nunca es tarde para volver al buen camino a un pueblo tan sentimental y tan inteligente, tan idealista y tan disciplinado como el pueblo alemán, piensa Lilienthal. Todavía es posible que el orgullo nacional tome los cauces del espíritu bajo la guía de sus auténticos maestros. La paz luminosa de esta aurora del 1900 es el escenario natural de las criaturas de Goethe y Schiller, de Hölderlin y Rícher; Heine y el danzarín Zarathustra no hubiesen pedido más limpia atmósfera para sus cantos. Perdido todavía en sus ensueños, le parece a Heinrich Lilienthal que la luz se ha convertido en música y que, de la vibración de los invisibles círculos luminosos, brota, majestuosa y dulce al mismo tiempo, la soberbia melodía de la lengua alemana. Como en las fugas de Bach, nuevas voces persiguen por el cielo a las de los maestros cantores: Hofmannsthal, Dehmel, George, Rilke, son los jóvenes chantres de la nueva iglesia que el espíritu germano ofrece para la comunión universal en la epifanía del siglo.

En todas las ciudades del mundo hubo aquella primera mañana del 1900 gentes que se asomaron a ver el rostro del siglo xx y que se alegraron en sus corazones de hallarlo tan semejante a sus esperanzas. Por unos minutos, al amparo de la mañana cándida, las madres dejaron de temer por sus hijos; los amantes por su felicidad; los avaros por sus riquezas; los pobres por el pan de cada día. Por un momento pudo decirse la humanidad que le llegaba el día del descanso; que,

tras una terrible ascensión de siglos, alcanzaba finalmente la cima desde la cual divisaría los valles paradisíacos de la tierra prometida.

Mejor o peor, todos conocemos la historia del hombre. Sabemos que ella forma una inextricable red de errores y sufrimientos; de maldades y heroísmos; de injusticias y rebeldías. Y que la muerte danza sobre sus mallas, unas veces con la máscara amarilla del hambre, otras con la visera purpúrea del guerrero, otras con el negro antifaz del verdugo. Pero tampoco ignoramos que si en esa trágica historia hubo un momento en que pudieron superarse el error, la maldad, la injusticia, y abolirse la muerte por el hambre o la violencia, ese momento fué el señalado por el advenimiento del siglo xx. Nunca, en efecto, como entonces, tuvo la humanidad mayores ni mejores instrumentos para labrar en paz su propia dicha. El espíritu humano se había liberado ya de los terrores metafísicos y había reconocido la libertad de conciencia individual para buscar a su Dios y adorarlo conforme a su corazón. La sociedad de los hombres había hallado en la organización democrática la forma más equitativa, prudente y amable de la convivencia y del propio gobierno. La tierra era suficientemente ancha y próspera para sustentar con holgura a las generaciones. La ciencia había protegido la vida, facilitado el trabajo, acrecentado la riqueza. El arte, en fin, había descubierto para el hombre paraísos sin serpiente y le había revelado el secreto de la vida eterna.

Porque nadie ignoraba ninguna de estas cosas, en la aurora inaugural de 1900 todos los hombres creyeron en la felicidad próxima con la misma fe con que sus remotos abuelos habían creído en la venida del Mesías, en la bienaventuranza eterna, en la resurrección de Pan o en el poder liberador de la razón. Y, sin embargo, jamás habían estado más cerca de ellos la iniquidad, el furor, la codicia, la espada con que el hombre se devora a sí mismo.

No fué necesario que pasasen muchos años para que del corazón humano se fugase la ilusión de haber entrado en los días de la justicia. Una guerra más asoladora, más injustificada, más infame que cuantas hasta entonces sufriera el mundo, vino a revelar a los hombres que la inteligencia, la ciencia y la riqueza encontraban su mejor empleo, el más eficaz, el más activo, en la destrucción. Durante cuatro años se asesinaron entre sí las generaciones; malbarató la hu-

manidad su patrimonio; vió morir por el hambre a millones de niños engendrados para que gozasen el esplendor del nuevo siglo, y se revolcó después de la matanza en el estercolero de nuevos odios y de más inextinguibles concupiscencias.

Todavía hubo gentes de buena voluntad que creyesen haber peleado aquella guerra para que no hubiese más guerras en su historia. Pero lo cierto es que el hombre, desde la alta cima de su esperanza, había caído en el más insondable piélago y no era ya, en 1918, sino el lamentable naufrago del siglo xx. Con la boca amarga, entelados los ojos, ensordecidos los oídos, enteleridos los miembros por el furor contrario de las olas que lo pelotearon como a mísero despojo, carecía ya de fuerzas hasta para desesperar. Odiándose a sí mismo por haber asesinado sus cándidos ideales, perdida la fe en cuanto le pareciera noble y bueno en la epifanía del siglo, estaba más que dispuesto a abdicar de su albedrío, a transferir sus nuevos terrores y sus nuevas necesidades a quienes tuviesen el valor demoníaco de aceptarlas para beneficio propio. Desde aquel momento y empleando las palabras sagaces de un gran filósofo, el hombre dejaba de existir como voluntad y como representación.

Desde hace cuatro años asistimos a la superación de la iniquidad cometida en 1914.

Todos nosotros somos personas más o menos honorables, de educación más o menos refinada, de sentimientos más o menos nobles. Suficientemente humanos para sentirnos acongojados cuando leemos en el periódico que un desconocido ha muerto aplastado por un automóvil; suficientemente caritativos para contribuir a la suscripción abierta en favor de una viuda que ha quedado en desamparo con sus hijos; suficientemente imaginativos para sentir como propias las torturas de una muchacha que ha perdido a su novio en una partida de polo. Y desde hace cuatro años, de una manera casi mecánica o con la pasión malsana de un jugador, nos informamos día a día de la muerte de millares de hombres que eran iguales a nosotros, que como nosotros tenían un hogar, unas personas amadas, un ideal de vida, una fugitiva esperanza de perdurar y ser dichosos. Si un Dios vengativo quisiese castigar la maldad universal, bastárale con permitir que se acumulase sobre la tierra el vaho de la sangre y las lágrimas

vertidas en estos cuatro años para que ya ningún hombre volviese a ver el cintilar de las estrellas ni la gloria del sol.

Dos preguntas atosigan a la conciencia ante esos hechos: ¿Por qué se devora la vida a sí misma? ¿Por qué podemos asistir nosotros, sin enloquecer de dolor, de ira o de angustia, a tan infernal espectáculo?

Yo me atrevería a sugerir esta grave respuesta: porque hemos dejado de ser hombres; porque hemos delegado nuestra vida, nuestra preciosa vida inconfundible, irremplazable, intransferible, en manos que no son divinas, en manos que ni siquiera tienen la excusa de haber creado en cada uno de nosotros un espíritu para humillarlo y envilecerlo.

Yo os invitaría a que os echaseis a la calle para preguntar a los hombres quiénes son ellos, qué son ellos, en la seguridad de que el uno os respondería: “Yo soy ario”; y el otro: “Yo soy socialista”; y el de más allá: “Yo soy miembro de un *trust* industrial”; y aquel otro: “Yo soy fascista”; y tal otro: “Yo soy del sindicato de metalúrgicos”; y otro: “Yo soy falangista”; y otro: “Yo soy de la asociación de banqueros”. Y no faltaría el alma boba que hubiese delegado su albedrío en un comité de filatelistas o en una asociación de pescadores de truchas. Por doquiera etiquetas, pseudónimos, disfraces aceptados por millones y millones de hombres que renegaron de sí mismos para convertirse en los trágicos títeres que una docena de grandes empresarios manejan sobre el teatro del mundo.

¿Exageración? ¿Patetismo? ¿Literatura? Puede ser. Pero la historia secreta del hombre tiene anotados en sus páginas más abominables hechos como éstos: mientras en la China y la India, en la Oceanía y la América del Sur, existían muchedumbres famélicas, por las alcantarillas de las grandes ciudades se vertían millones de litros de leche, y se arrojaban al mar o se quemaban millares de toneladas de frutos agrícolas para que los *trusts* pudiesen mantener los precios y conservar los trabajadores sus jornales. El interés de la parcialidad prevaleciendo sobre el interés humano. Mientras Alemania y el Japón, que fueron los primeros en usufructuar y *racionalizar* la delegación del albedrío individual, se armaban para dominar al mundo, los países amenazados les suministraban capitales, acero, petróleo y materias

primas para que la industria privada tuviese altas cotizaciones en la bolsa internacional y los sindicatos se sintiesen satisfechos con el nivel de los salarios. Otra vez el interés de la parcialidad prevaleciendo sobre el interés humano. Mientras enormes masas de población eran desarraigadas de su suelo natal, desposeídas de su propiedad, lanzadas al destierro sin siquiera un nombre, las puertas de los países libres se cerraban ante los apátridas, dizque para evitar la competencia al capital y al trabajo nacionales. Una vez más, el interés de la parcialidad prevaleciendo sobre el interés humano.

No ha vuelto aún el mundo del estupor que le causara la caída de Francia. Como una fruta podrida se deshizo la nación más libre, más caracterizada, más consciente de sí misma. Hay quienes dicen que el secreto de tamaña degradación reside en las actividades de la quinta columna. Convengo en ello, si se conviene conmigo que la quinta columna es el espíritu de la desintegración humana, el espíritu de bandería, de secta, de clase, de interés, que ha vaciado al hombre de todo contenido auténtico para echarlo a andar en rebaño después de estampar una etiqueta sobre su cobardía.

Hace apenas veinte años existían en Alemania cuarenta y cinco millones de electores que, en su inmensa mayoría, votaban por la república democrática y, dentro de ella, por las formas más avanzadas del socialismo. En diez años desapareció todo eso; en diez años, los empresarios de la titeretada cazaron en trampas de parcialidad a los cuarenta y cinco millones de alemanes deliberantes y los convirtieron en esa horda maldita cuyas entrañas no se conmueven ya con el dolor de quienes fueran antes sus semejantes. No exageremos innecesaria y falsamente el genio diabólico de Hitler: si su empresa política se logró, es porque la desintegración de lo individual, la abdicación del hombre, había roído ya, como una carie incontenible, la voluntad y la moral del pueblo alemán.

La mecánica de esta desintegración de lo individual que nos ha convertido a todos en naufragos, no es, a mi entender, demasiado complicada, aunque podría ser el tema de vastos volúmenes. Reducida a un esquema que contemple lo sucedido en nuestra época, yo me atrevería a presentarla en esta forma: la producción en masa, agrícola e industrial, sobrevenida con el auge del maquinismo, crea las grandes empresas que procuran evitar la competencia y obtener un

aumento de poder fundiéndose en *trusts* capaces de controlar a su acomodo precios y salarios. En legítima defensa, los trabajadores organizan, a su vez, sindicatos y federaciones. En torno de estas dos grandes parcialidades comienzan a girar entonces los partidos políticos, que buscan, de manera alternativa y contradictoria, apoyo en el capital y el trabajo, mientras son capaces de crear una burocracia y un ejército que les permita dominar a uno y a otro. Para lograr la victoria final, no se vacila en apelar a las creencias religiosas, al sentimiento de raza, al orgullo nacional, a los intereses de casta, a los odios de clase. Todo lo que divida al hombre, todo lo que lo parcialice, todo lo que cohiba su libertad de espíritu y ponga diques a sus sentimientos sirve de trampa en el juego. Por encima del tumulto, hay quienes creen que todo esto se justifica con repetir la vieja admonición: "La unión hace la fuerza". Cierto. Pero la unión de hombres libres, de hombres sin miedo, de hombres que tengan un valor en sí. No el amontonamiento de unos seres que no saben de sí mismos otra cosa que el color de su camisa y el número de afiliación a su parcialidad, ni piden cosa mejor que delegar en alguien su albedrío a cambio de que les garantice el condumio.

Y la unión para algo distinto a odiar y destruir. Uno de los más tenebrosos fenómenos que pueda contemplar el hombre moderno es el de la disciplina y el desinterés con que las sociedades se ponen al servicio de la guerra. Yo estoy seguro de que si mañana Colombia, mi patria, se viese envuelta en ella, diez millones de colombianos entrarían en puja para ofrecer su sangre, su riqueza, su trabajo, su obediencia. Entonces no habría impuestos demasiado altos, ni horas de trabajo demasiado prolongadas, ni intervención del Estado que no fuese pertinente, ni sacrificio ingrato, ni dolor estorbo. Pero que se nos pida un décimo de todo ello para cosas humanas, para cosas de paz, para cosas que hagan imposible la guerra: para educar, para sanar, para satisfacer, para hacer justicia, para que la vida sea segura, hermosa, noble, y entonces nos levantaremos a defender airadamente nuestra propiedad y haremos una revolución para derrocar al gobierno que fuese capaz de proponernos semejantes dislates. Pues la avaricia del hombre, que es su pasión más profunda, sólo se cura cuando la muerte de sus semejantes es el rescate de su despilfarro. Y esto sucede en todos los países del mundo, porque para el hombre ya no

valen las cosas humanas, porque su desilusión histórica lo ha hecho cobarde en el espíritu.

Creo que debo pedir os excusas por la confusión y vehemencia de mis palabras. Desde esta cátedra, varones en verdad ilustres han examinado los problemas de la guerra con severidad de hombres de ciencia y sagacidad de filósofos. Es posible que en las palabras y conclusiones de ellos se encuentre asidero para una nueva esperanza y algo como el reflejo de aquella edad paradisiaca con que soñaron los hombres, nuestros semejantes, en el día primero de este siglo. Pero yo he querido reservarme el deber amargo de deciros estas palabras mías, confusas por angustiadas, vehementes por sinceras, y que no son, después de todo, sino una apelación ingenua a lo que en vuestro corazón y en vuestro entendimiento hay de más precioso. Mientras el primero sea capaz de amar y de comprender el segundo, habrá playas de paz para nuestro naufragio.

